

3

Javier Hernández Velázquez

Los ojos del puente

Obra ganadora del IV Premio Wilkie Collins
de Novela Negra

narrativa

M.A.R. Editor

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © Javier Hernández Velázquez

De la edición © M.A.R. Editor

De la foto de la cubierta © DOS SEGONS FILMS

Noviembre de 2014

[http:// www.mareditor.com](http://www.mareditor.com)

ISBN: 978-84-942182-6-2

Depósito legal: M-29714-2014

Diseño de la colección: Absurda Fabula S.L.

Maquetación: Rojo Pistacho S.L.

Impreso en España

Esta novela está dedicada a un ángel llamado Morales; porque sin él, nunca hubiera llegado hasta aquí. A mi ciudad y a quienes, como la Asociación *Tu Santa Cruz*, la defienden; porque sin ella no logro definirme, ni explicarme.

*Nunca conoces realmente a una persona hasta que no has llevado sus
zapatos y has caminado con ellos.*

Atticus Finch, To Kill a Mockingbird.

PRIMERA PARTE

1

Los Ángeles. Julio de 1967

Desde el preciso instante en que Toni Barrera cogió la pistola, se puso los guantes y salió a la noche, Figueroa era hombre muerto. Su padre sabía que llegado el momento, tendría valor. Para eso lo educó. Toni no podía permitir que se salieran con la suya después de cometer dos asesinatos. No debía tolerarlo. No lo iba a hacer. Se iban a producir muertes violentas. Toni sabe lo que le conviene. Conoce cuál es el movimiento correcto y va a hacer justo el contrario. Es consciente de que no enterraría a sus muertos. Tiene una vida por delante y se dirige al único sitio donde no debería ir.

Néstor Figueroa abre la puerta corredera y sale a la piscina a contemplar la puesta del sol. Está interesado en el ocaso. La vida es maravillosa si es capaz de conservarla. Es peligroso relajarse. No olvida lo sucedido en Santa Cruz. Horrendo, pero necesario. Un daño colateral. Se recuesta sobre una tumbona de mimbre, apoya los pies sobre una mesita de hierro forjado. Se siente a gusto. Es un tipo con suerte. Alguien toca su hombro izquierdo. Figueroa se gira. Un disparo se lleva su sorpresa. Se desploma pesadamente sobre la hierba, tratando de discernir por qué siente aquel vacío. Se palpa el pecho. Sabe que va a morir. Sus pupilas se dilatan. Intenta ver en la oscuridad que se abre al final de su vida. Boquea, como un pez fuera del agua, y Barrera lo remata con otros dos disparos que desfiguran su cara.

El viento aúlla triunfal, con una voluntad firme que todo lo arrastra. Barrera vierte una lata de gasolina sobre el cuerpo, enciende una cerilla y levanta la vista al cielo. La noche es cálida y llena de estrellas. Suspira y prende fuego. Sus ojos se quedan fascinados ante el movimiento espejeante de las llamas. Le hace sentir integrado, a salvo de todo lo que le rodea. La noche, la oscuridad.

Ignacio Céspedes regresa de la parroquia, animado ante la expectativa de un día excepcional. Ignora que unas balas responderán a las plegarias de sus víctimas. Toni Barrera, sentado junto a la cristalera de un bar, lo ve entrar en su domicilio. La sangre es Dios y Barrera confía en que aplaque el dolor que siente. Pero se engaña. Nada lo hará.

La puerta se abre y aparece Céspedes. Su esposa le despide y comienza su rutina de cinco kilómetros diarios. Es un tipo duro, con los principios de la vieja escuela: honor, tradición, respeto y dignidad. Un credo que olvida en el “asunto Barrera”. El padre de Toni decía de él que era capaz de iniciar una pelea en un bar vacío o de jugar a las cartas en mitad de un tiroteo. Céspedes se crió en los suburbios de La Habana, entre la inmundicia, con chicos mugrientos jugando en los vertederos y mujeres desaliñadas chillándoles. La única diferencia entre su familia y las ratas era que ellos apenas comían sus sobras. El viejo le avisó que la ley de la calle recomienda no pelearse con tipos más fuertes, especialmente cuando sabemos que lo son. Entonces Barrera tenía nueve años y, ahora, Céspedes supera los cincuenta.

Barrera deja dos dólares sobre el mostrador y sale a la calle. El sol ciega su visión. Se coloca las gafas de sol y se sube la capucha de una sudadera de UCLA. Comienza a correr acompasadamente hasta el parque. Al llegar a su altura, la camiseta blanca de Céspedes se llena de lunares rojos que se expanden. Cae a plomo. Se pregunta: “¿Tengo un alma? ¿Dios existe?”. Su bien máspreciado se agota. Barrera encuentra en su muñeca el Rolex que su padre ganó en una timba de

póquer en La Habana, el día de Acción de Gracias de 1958, al mismísimo Errol Flynn. Recupera el tesoro del capitán Blood antes de rematar la faena con un disparo en la cabeza y mandar a Céspedes directo al infierno.

El fuego devora el presente. La policía acordona el perímetro de su casa y desvía el tráfico. Un camión de bomberos le adelanta por la izquierda. Detiene el coche sobre la acera y recoge una bolsa del maletero. Camina hasta la siguiente intersección. Se acerca sin prisas al primer coche. Saca de la mochila una lámina metálica, fina y plana. Se pega al vehículo, la introduce entre la ventanilla del conductor y el marco exterior. Con tres movimientos fuerza la cerradura, abre la puerta y se desliza tras el volante. Toni abandona la ciudad. Acaba de levantar las tapas de las alcantarillas. A su alrededor la muerte se propaga.

Existen más opciones, pero aquel es el camino que decide tomar. Hace una llamada a Seattle y acepta un trabajo. Toma la autovía 10 y busca refugio en un piso franco al sur de Los Ángeles, en el distrito de Compton. Allí encuentra las horas necesarias para ocultarse y descansar. Empaqueta algunas pertenencias y el resto las deja en el fondo del armario, con la esperanza de no volver a verlas. Duerme enterrando la cabeza en la almohada, tratando de recuperar el olor del pasado y rescatar sus rostros. Nada le consuela. Duele. Se pregunta por qué sigue respirando mientras sus padres se están pudriendo. La noche acaricia sus mejillas. Aparece su madre; sonriente y hermosa. Le hace señas para que se adentre en la oscuridad inmisericorde donde se oculta el mal, le entrega una carta y luego se despide sin rostro y ensangrentada, como la deja la muerte.

Toni Barrera reza hasta el amanecer intentando hallar paz en su interior. No le vale la ley ni el aparato judicial organizado para favorecer al “sistema”, no a la justicia. El Pacífico moja sus ideas, el miedo estimula su imaginación. Lo tiene y es bueno ser

consciente. Percibe su vulnerabilidad. Puede seguir huyendo, pero Cabanas le seguirá hasta acabar con él. Así que debe matarlo. No puede asumir riesgos. Recorrerá la distancia entre la vida y la muerte; el cielo y el infierno; Cabanas y él. Todo se reduce a una cuestión de distancia. Le encanta la distancia y va a recortarla. Venganza y Justicia, dos palabras diferentes para definir el mismo sentimiento.

Se acerca a una oficina del servicio postal y envía un libro a la dirección de correo de la nuera de Cabanas en Madrid. Se hace con un Dodge A100. Cambia la placa de la matrícula y toma la Pacific Coast Highway hasta la residencia veraniega de Cabanas en Pacific Palisades. Un vecindario privilegiado, cercano a los enclaves del área de L. A.: Bel Air, Beverly Hills o Hollywood. Lo inteligente es irse, pero no va a decantarse por la opción prudente cuando la sangre reclama más sangre.

Deja el coche junto a la playa. Entra en el chalet por la puerta trasera. Los perros le conocen y se acercan moviendo la cola. Los acaricia. Divisa en el jardín al primer objetivo. Extrae de la sobaquera una pistola semiautomática y ajusta el silenciador. Se acerca hacia él. No presiente su llegada. Ni el impacto. Lentamente lo deja en el suelo. Se ajusta el arma en el cinturón. El segundo objetivo espera junto al porche. Da un rodeo para sorprenderle por la espalda. Concentra las fuerzas en los hombros y golpea sus oídos con las palmas de las manos. Se arquea llevándose la mano a la cabeza. Pierde el equilibrio. Toni saca el arma y le dispara dos impactos en el pecho. Vuelve a depositarla en el estuche bajo la axila y traspasa el último umbral. Frente a él, Cabanas. No tiene ninguna pistola en la mano, pero sabe que habrá una cerca.

—Hola, Toni. Me preguntaba cuánto tardarías en venir.

Silencio. Se acerca a una nevera que hay en la habitación y saca una cerveza. Quita la chapa con los dientes y la escupe al suelo. Es una situación extraña. Se pregunta cómo ha llegado hasta allí. Y es bueno saberlo porque va a necesitar salir por la puerta. Se separa de la zona de la trampilla que cubre la alfombra persa y se sienta en una silla.

—Toni, en esta ciudad nadie se carga a nadie sin que me entere. La policía estuvo aquí. Te buscan como sospechoso de la desaparición de Figueroa y la muerte de Céspedes. Mi gente hace preguntas, les he dicho que todo está bajo control. ¿Es así?

Barrera deja un bote de cristal encima de una mesilla. Quita la tapa. Dentro hay una bolsa de plástico llena de polvo. A su lado coloca un reloj. Comienza a hablar:

—Entraron en casa de mis padres en Santa Cruz. Los molieron a latigazos y los dejaron colgados de un árbol en el jardín. Este es Néstor Figueroa —comenta señalando la bolsa— y este el reloj de mi padre. Me lo legó Céspedes a la salida de la iglesia.

—Si confesó sus pecados, murió en la Gracia de Dios.

—¿Qué te hace pensar que fue así?

Se esfuman las sonrisas.

—Esto es un negocio, Toni. La venganza no te devolverá a tu familia. ¿Estás enfadado? Lo comprendo, y tienes razón para estarlo, pero para ti es una cuestión personal y para nosotros, un riesgo inaceptable. Ahora, entrégame la novela. Quieres vivir, ¿no? ¿O ni siquiera eso te importa?

—Yo no soy mi padre. No te tengo miedo.

La conversación queda en suspenso. Cabanas se restriega el rostro, consciente de que no hay más de qué hablar. Lo mira como si ya contara entre los muertos. Barrera ha visto esa expresión otras veces como para olvidarla. El problema del tiro que recibe Cabanas es la hemorragia que se produce al perforar el hígado. Después del impacto no hay camino de retorno. Todo se destroza ahí dentro. Ambos saben que va a morir después de una espléndida agonía. Barrera lo observa. Cabanas es un globo pinchado que se desinfla lentamente, de forma imperceptible. Este se pregunta el porqué. Por nada. Nada. “Púdrete en el gran vacío”, lee en la mirada de su asesino.

Madrid, agosto de 1967

La Gran Vía es una avenida de luz, pero Madrid ya no es una ciudad segura. Barrera no articula un discurso circular, sino un acercamiento al miedo. Un destino al que llega para recoger un libro. La puerta del zaguán está abierta. Sube por las escaleras hasta el segundo piso. Toca el timbre. Ella abre. Su cara brilla.

—¿Qué haces aquí, Toni? ¿Dónde está Mikki?

Mikki Cabanas es su marido. Ella lo detesta. Es duro aceptar a quien odias. Sentirlo en la boca, en la vagina, en el culo y fingir que te encanta. Conduce a Toni por un estrecho pasillo hasta una sala. De pronto, se tapa la boca y corre hacia el baño. Se escucha un vómito y después la cisterna. Regresa pálida. Ofrece una cara paciente. Simple apariencia, una máscara.

—He venido a por el libro que te envié.

—¿Es lo único que te importa?

Él guarda silencio. Los hombres de pocas palabras tienen pensamientos terribles. Lo sabe y le da miedo. Se levanta y coge un paquete de un estante de la librería.

—Todo lo que ha pasado es por esto, ¿verdad? ¡Mierda, Toni!, tenemos que hablar —comenta mientras se acariciaba el vientre—. No puedo atenderlo sola.

“¿Otro Cabanas? Justo lo que este mundo necesita”, se dice Toni Barrera.

—¡No lo hagas, Toni...! ¡Por favor! Matáis y matáis, pero sin pensar que también vais a morir, tenéis tanto miedo como los demás.

—He venido a recoger el envío. Tiene que ser así.

Ella lo acompaña hasta la salida. Guerra y amor. Alguien debe perder. En el descansillo de la escalera escucha los ecos de los vómitos en la taza de váter. En la calle aguarda la noche. El día fue una luz entre dos sombras. Ahora, el silencio.

Primer acto reflejo al despertarse: estirar los músculos. Sin embargo, Mikki, el único hijo de Cabanas, no logra hacerlo. Quizá porque tiene las manos atadas a la espalda y las piernas fracturadas. Analiza a Toni Barrera. Probablemente sea la última vez. Barrera mira a través de los cristales de la ventana. La habitación huele a orín reciente y una muerte inminente se cala en las paredes.

—Toni, nunca le he pedido nada a Dios, así que dudo que ahora me escuche. Pero, no tienes por qué hacerlo... se supone que somos amigos, ¡por favor! —Toni no contesta. Mikki gimotea—. ¡Suéltame y te juro que olvidaré esto! ¡Por Dios!, te daré lo que quieras... Toni, estoy negociando con lo único que tengo... ¡por Dios...!

“No tienes nada. Deja que te ubique —se dice Toni—. Te diré en qué punto nos encontramos y hacia dónde vamos. Vamos hacia el infierno, ahí es dónde vamos”. Dos disparos dan en el blanco. Las balas giran en el cerebro de Mikki como las bolas de una tómbola de lotería, rebotan de un lado a otro, buscando una salida. *Game over.*

Matarlo no representa nada. Su sonrisa se amplía cuando lo besa. Al apartarse, tiene sangre en los labios. Lleva el cuerpo hasta el cuarto de baño. Lo suelta dentro de la bañera y comienza a despedazarlo hasta que el alma de Mikki reposa en un recipiente que solo la sangre puede llenar. No dice nada durante la escabechina. No hay nada que decir. Arderá en el infierno. Mientras, avanza guiado por el instinto de supervivencia, como King Kong acosado por los aviones. Cada paso duele, pero lo da seguro de que llegará en pie hasta el final.